

## Pasión por la prensa

Enrique Etchevarren

*"Oración: aunque yo no te la doy, me la haces sentir a deshora, y a veces, leyendo el periódico, he debido decirte: ¡Déjame leer!"*<sup>1</sup>

Madrid, octubre de 1940. Un sacerdote, Josemaría Escrivá de Balaguer, entra con paso seguro en la Escuela Oficial de Periodismo. Durante el siguiente año lectivo dicta cursos de Ética y Deontología a una de las primeras generaciones de egresados del que sería, por mucho tiempo, el único instituto de formación de periodistas en España.

El episodio es recogido con una breve mención en las biografías sobre el Fundador del Opus Dei, consumidas por el intento de reconstruir una vida intensa, apasionante y con tantas aristas que hacen de esas empresas un desafío titánico<sup>2</sup>. Sin embargo, un estudio de los escritos, las palabras y la vida diaria de Escrivá deja en evidencia que el hecho no fue fortuito, que su preocupación por el nivel de calidad de la comunicación no era una ocurrencia pasajera, y que la fuente y la fuerza de su forma de ver y entender el periodismo y a los periodistas engarzaba firme en su forma de ver y entender el mundo y la vida.

En ese octubre de 1940, Escrivá tenía 38 años y hacía doce que había comenzado a sacar adelante el Opus Dei. No habían sido años fáciles. Como diría mucho después, para cumplir la misión que Dios le encomendó contaba sólo con *"veintiséis años, la gracia de Dios... y buen humor"*<sup>3</sup>; pocos instrumentos, humanamente hablando, para desarrollar un plan de la magnitud suficiente para sacudir la modorra de los cristianos llamándolos a santificar todas las realidades temporales.

Tampoco esas realidades temporales se le presentaban sencillas:

<sup>1</sup> URBANO, Pilar, *El Hombre de Villa Tevere*, Plaza & Janés, Barcelona, 1995, p. 158.

<sup>2</sup> VÁZQUEZ DE PRADA, Andrés, *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, Ed. Rialp, Madrid, 1983, p. 220.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 33.

una guerra fratricida sacudió a España y al joven sacerdote. La violencia, con su pegajosa carga de muerte, incompreensión e intolerancia, aparecía como un enorme obstáculo para quien estaba decidido a sembrar un mensaje de paz y de esperanza y abrir los caminos divinos de la tierra. Fuera de España, el terreno no estaba mejor abonado. Europa se conmovía inmersa en la locura de una Segunda Guerra Mundial, que descubriría al hombre abismos de maldad como quizá nunca antes había imaginado.

Pero Josemaría Escrivá contaba, para llevar adelante su empresa, con otro recurso, un rasgo personal fuertemente definido que quedaría de manifiesto en su pensamiento, en su vida de todos los días y que lo convertiría en un campeón imbatible en su afán de elevar el nivel espiritual de la sociedad: amaba apasionadamente al mundo.

Amor por un mundo entendido como realidad concreta creada por Dios para el hombre, digna de ser vivida, cultivada y mejorada. Un mundo que, en el mensaje de Escrivá, no suponía un obstáculo para la búsqueda de la perfección espiritual ni un riesgo de “contaminación”, sino todo lo contrario: la mejor oportunidad de vivir cada día, en lo más sencillo y asequible del ser humano –en la familia, en el trabajo, en las relaciones sociales– los mandatos amables del Creador.

Un amor al mundo que, en el caso del Fundador del Opus Dei, era vivido con pasión, con un fuego que, como su vida demostraría, no provenía de un entusiasmo repentino y superficial por la realidad, sino que era la luz y el calor de quien, a través de la reflexión, ha buceado en las razones profundas del hombre y ha decidido entregarse al cumplimiento de su ideal sin concesiones, *“haciendo de la prosa de cada día, verso heroico”*, como solía decir.

Esa pasión por el mundo, por la realidad concreta donde coexisten los anhelos, las alegrías, las fatigas y las tristezas del hombre singular, le acompañaría durante toda su vida en la tierra. Seguramente, estaría en su mente y en su voluntad al ingresar, en aquel otoño de 1940, al instituto de formación de periodistas y también cuando, a partir de 1952, impulsa con todas sus fuerzas la creación de la Universidad de Navarra, la primera de España en ofrecer formación de nivel universitario en las ciencias de la comunicación.

Y es que, aun por un deber de coherencia, si alguien está convencido de que la oportunidad y la esencia de la vocación cristiana se encuentran en el día a día, si en esa realidad procura hallar el momento y el lugar donde descubrir a Dios y contribuir a elevar el nivel de vida de las personas, la comunicación deviene un capítulo inevitable. Él mismo lo diría en el curso de una entrevista concedida en 1967: *“Es difícil que haya*

*verdadera convivencia donde falta verdadera información, y la información verdadera es aquella que no tiene miedo a la verdad...<sup>4</sup>.*

Precisamente en el campus de la Universidad de Navarra trazaba, en octubre de ese mismo año, los horizontes concretos de la vocación del Opus Dei. En la homilía que llevaría el título “Amar al mundo apasionadamente”, dice Escrivá: *“Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres”.*

Y ante miles de corazones y mentes universitarias alertaba sobre el riesgo de trazar una frontera invisible entre la vida cristiana y la actuación profesional y social: *“No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca”<sup>5</sup>.*

La Universidad de Navarra fue uno de los sueños que engendró un idealista que tenía los pies bien plantados en la tierra. Desde allí quería realizar un fuerte aporte al progreso científico y humanístico de la sociedad, sin dar la espalda al sentido de la vida cristiana. *“Queremos hacer de Navarra un foco cultural de primer orden al servicio de nuestra Madre la Iglesia. Queremos que aquí se formen hombres doctos con sentido cristiano de la vida”<sup>6</sup>.* Por eso, en el verano europeo de 1958, apenas seis años después de poner en marcha el proyecto de la Universidad, se dictaron los primeros cursos para periodistas que concluirían en la actual Facultad de Comunicación, una de las más reconocidas en el universo periodístico.

“Todos sabíamos que el Instituto de Periodismo, era, en cierto modo, la niña de sus ojos”, recordaba Luka Brajnovic, añadiendo que Escrivá “comprendía la importancia y la necesidad de una formación de calidad para los periodistas”<sup>7</sup>. En efecto, son coincidentes los testimonios sobre la importancia que le concedía a la comunicación y del hecho de que “había pensado desde el principio, que la institución de la que sería Gran Canciller acogiera en su seno la formación de periodistas y la investigación en las disciplinas de la información y de la comunicación con el nivel académico y científico de las facultades tradicionales”<sup>8</sup>.

Ese afán no se limitó a España. En los dos años que siguieron a la

<sup>4</sup> *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 86.

<sup>5</sup> *Ibidem*, n. 114.

<sup>6</sup> VÁZQUEZ DE PRADA, *op.cit.*, p. 358.

<sup>7</sup> BRAJNOVIC, Luka, *Redacción*, entrevista publicada en número especial, junio 1983, 12.

<sup>8</sup> FONTÁN, Antonio, “Periodistas en la Universidad. Del Edificio de Comptos al de Ciencia Sociales” en *Cuadernos de Documentación y Estudios de la Universidad de Navarra*.

creación del Instituto de Periodismo, obtuvieron su título 15 estudiantes iberoamericanos. El plan cristalizó más tarde en el Programa de Graduados Latinoamericanos (1972-89), que permitió a centenares de comunicadores de este continente recibir cursos de perfeccionamiento académico, un objetivo que se mantiene hoy día con el lanzamiento en el año 2000 del Programa América.

Puede decirse con propiedad que el germen de esas iniciativas, así como el de otras que fuera de España se preocupan por la calidad de la formación periodística, estaba en Josemaría Escrivá desde aquellos remotos años de Madrid. El germen se halla en los cursos de Ética y Deontología que dictó en Madrid. Y es que si algo define la calidad de los medios de comunicación, si algo impone una marca en la opinión pública, es la actitud que adoptan al situarse frente a la realidad que deben comunicar. Esa calidad depende, quizá más que en otras disciplinas, de una serie de principios como el respeto a los receptores de la información, la veracidad informativa, la honestidad y el reconocimiento de la dignidad de las personas que en el campo de la ética encuentran un punto de reflexión. Una actitud que no es garantía absoluta de que no haya equivocaciones, pero cuya ausencia puede despeñar a cualquier empresa de opinión pública en los vicios que maculan el prestigio de la labor de comunicar.

La relación de Josemaría Escrivá con la comunicación distó de ser teórica o exclusivamente académica. Hombre vital, ciudadano pleno del siglo XX, vivió en primera fila los progresos que esos cien años trajeron a las sociedades, también en materia de comunicación; fue lector atento y espectador crítico de los hechos que perfilaron un siglo vibrante, pujante, polémico y muchas veces aterrador por el vértigo de los cambios que trajo aparejados en la vida concreta de la gente.

Gracias a la comunicación, Josemaría Escrivá pudo ver el mundo entero, la realidad de hombres y mujeres de diferente cultura, raza y condición, y sentirla como suya. Su forma de vivir la fe hacía que sus jornadas fueran una admirable fórmula de cómo elevarse a lo sobrenatural tomando pie en las incidencias habituales. Y esas incidencias le llegaban muchas veces a través de los medios.

Todos los días, luego de su frugal desayuno, hojeaba los periódicos y comentaba con sus colaboradores más cercanos las noticias. Eran unos minutos en que escudriñaba la actualidad, pero con ojos de eternidad, y en alguna ocasión los que le acompañaban le veían concentrarse en una oración personal y profunda, a partir de artículos que le llevaban a dar gracias a Dios, a preocuparse por los demás o a pedir perdón a su Creador.

Álvaro del Portillo, su más estrecho colaborador y primer sucesor al

frente de la Obra, fue testigo frecuente de ese tránsito desde las páginas del periódico al diálogo íntimo con Dios. Cuando, después de la muerte de Escrivá de Balaguer, Álvaro, ordenando sus escritos, lee los cuadernos de *Apuntes Íntimos*, se impresiona vivamente al descubrir que esa facilidad para dejarse inundar por la efusión de Dios la tenía ya en sus años de juventud. En uno de esos cuadernos aparece esta escueta y reveladora anotación: *"Oración: aunque yo no te la doy, me la haces sentir a deshora, y a veces, leyendo el periódico, he debido decirte: ¡Déjame leer!"*<sup>9</sup>.

La prensa avivaba en Escrivá la reflexión y el diálogo con Dios sobre tantas realidades, buenas y malas, alentadoras y tristes, que marcaban la vida de sus semejantes. Pero los medios también eran objeto de su oración y sus desvelos. Lo deja en evidencia un episodio ocurrido en el verano europeo de 1972. Descansaba el Fundador del Opus Dei con sus más cercanos colaboradores en Civena, un pueblo del norte de Italia. Había, en la casa que le habían prestado para pasar unos días, un televisor color que captaba las señales de la televisión suiza. Lo encendieron una tarde, vieron un programa y el Padre se quedó pensativo.

Unos minutos después comenzó a desgranar en palabras lo que pasaba por su corazón. *"Todos estos progresos, grandes y pequeños, tienen que llevarnos a dar mucha gloria a Dios. Todo trabajo humano noble, bien realizado y bien empleado, es un instrumento prodigioso para servir a la sociedad y para santificarse... Supongo que a vosotros os habrá sucedido lo mismo que a mí: hace un momento, cuando veíamos la televisión, me resultaba fácil levantar el corazón al cielo, dando gracias por esa perfección técnica de las imágenes, del colorido... Y enseguida –porque es una idea que me ronda siempre en la cabeza– pensaba en el bien y en el mal que se puede hacer con la televisión y con todos los medios de comunicación. ¿Bien? Sí, porque son un vehículo formidable para llegar a muchas personas, captando su atención de un modo muy atractivo. ¿Mal? También, porque con las imágenes y con el texto se pueden ir metiendo doctrina equivocada, moral falseada. Y la gente se traga esos errores y esas falsedades sin darse cuenta, como si fuera oro colado. Por eso insisto tanto que el apostolado a través de los medios de comunicación tendrá siempre mucha importancia. Y los católicos que tengan esa vocación profesional, los periodistas, los comunicadores de prensa, radio y televisión, deben estar ahí, presentes y bien activos: ausentarse, sería desertar"*<sup>10</sup>.

El Fundador del Opus Dei tampoco se quedaba en lo superficial al juzgar el papel de los medios. No sólo fue lector y espectador de las

<sup>9</sup> URBANO, Pilar, *El Hombre de Villa Tevere*, Plaza & Janés, Barcelona, 1995, p. 158.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 428.

noticias; también supo ser protagonista y muchas veces sufrió en carne propia versiones de prensa que cuestionaban la obra que Dios le había encomendado. Ante esta experiencia reaccionó como en otros campos: no titubeó en llamar error a lo que se apartaba de la verdad sobre un hecho concreto y en condenar aquellos tratamientos informativos que no tenían en cuenta el respeto por la intimidad de las personas. *"No os oculto que me repugna el sensacionalismo de algunos periodistas que dicen la verdad a medias. Informar no es quedarse a mitad de camino entre la verdad y la mentira. Eso ni se puede llamar información, ni es moral, no se pueden llamar periodistas a los que mezclan con pocas verdades a medias, no pocos errores y aun calumnias premeditadas"*. Pero al mismo tiempo agregaba: *"Os he de confiar que, por lo que a mí toca, esos falsos periodistas salen ganando porque no hay día en el que no rece cariñosamente por ellos pidiendo al Señor que les aclare la conciencia"*<sup>11</sup>.

Eso describe su actitud de siempre: el respeto por la verdad que lo lleva a no hacer concesiones cuando, en justicia, el resultado de un trabajo profesional debía ser criticado. Unida a ello, la denuncia de prácticas profesionales que bajo un barniz de "objetividad" suponían, en realidad, dar carta de ciudadanía al relativismo que muchas veces es excusa para evitar profundizar en los temas y asumir el compromiso profesional, y aun personal, con la verdad. Pero esa cátedra clara, inequívoca y apasionada, salvaba siempre la intención última del hombre, su intimidad. Evitaba el juicio en aquel campo en que sólo Dios puede ser juez, en definitiva: señalaba el error pero no condenaba irremisiblemente a su autor.

Pero su actitud distaba de ser negativa. Siempre enseñó a los fieles de la Prelatura a ver el lado positivo de las realidades, a sacar lo bueno de todas las situaciones, incluso las que objetivamente pudieran verse como negativas; siempre se empeñó en animar al bien más que perseguir el mal. *"Os ruego –decía en una entrevista publicada en octubre de 1967- que difundáis el amor al buen periodismo... Informad con hechos, con resultados, sin juzgar las intenciones, manteniendo la legítima diversidad de opiniones en un plano ecuánime, sin descender al ataque personal"*<sup>12</sup>.

Josemaría Escrivá tenía tan clara la responsabilidad de quienes tienen la obligación de informar al público, como el término complementario y necesario para que la comunicación fuera de calidad: la libertad personal.

Verdad, libertad, responsabilidad, los términos de una ecuación inescindible sólo desde la cual se llega a comprender la visión que este

<sup>11</sup> *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 86.

<sup>12</sup> *Ibidem*, n. 86.

santo del siglo XX transmitió a miles de hombres y mujeres, en países de todos los continentes, afanados en sus labores de ciudadanos corrientes. Verdad, libertad y responsabilidad reclamó, siempre, a quienes desempeñan la noble tarea de la comunicación.

Para los miembros del Opus Dei, cristianos corrientes, exigió siempre toda la libertad para desempeñarse en las tareas profesionales, tanta como la que él mismo concedía a quienes no pensaban como él. *“La libertad personal es esencial en la vida cristiana. Pero no olvidéis, hijos míos, que hablo siempre de una libertad responsable”*, decía a la multitud universitaria en aquella homilía de 1967 en Navarra. Un mensaje que quería que fuera *“una llamada a que ejerzáis -la diario!, no sólo en situaciones de emergencia- vuestros derechos y a que cumpláis noblemente vuestras obligaciones como ciudadanos, asumiendo todas las consecuencias de vuestras decisiones libres”*<sup>13</sup>. *“Un hombre sabedor de que el mundo –y no sólo el templo- es el lugar de encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando –con plena libertad– sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones”*<sup>14</sup>.

Esa libertad responsable que reclamaba para los suyos en el mundo, también sabía darla y asegurarla en el espíritu y en la forma de convivir a diario en el Opus Dei. Así lo decía en una entrevista que concedió en octubre de 1966 a Tad Szulc, corresponsal de *New York Times*: *“La Obra no les propone (a sus miembros) ningún camino concreto, ni económico, ni político, ni cultural. Caben en el Opus Dei personas de todas las tendencias políticas, culturales, sociales y económicas que la conciencia cristiana puede admitir. Nunca los directores de la Obra pueden imponer un criterio político o profesional a los demás miembros. Si alguna vez un miembro del Opus Dei intentara hacerlo, o servirse de otros miembros para fines humanos, saldría expulsado sin miramientos, porque los demás se rebelarían legítimamente”*. Y sobre su conducta concreta agregaba: *“No he preguntado, ni preguntaré jamás a ningún miembro de la Obra de qué partido es o qué doctrina política sostiene, porque me parecería un atentado a su legítima libertad”*<sup>15</sup>.

De la mano de esa libertad que pregonaba, venía la consecuencia necesaria del pluralismo en las opiniones sobre los problemas concretos en el campo profesional y social. *“En el Opus Dei el pluralismo es querido y amado, no sencillamente tolerado y en modo alguno dificultado”*, decía a los

<sup>13</sup> *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 117

<sup>14</sup> *Ibidem*, n. 116.

<sup>15</sup> *Ibidem*, n. 48.

periodistas en junio de 1968: *"Cuando observo entre los (miembros) de la Obra tantas ideas diversas, tantas actitudes distintas -con respecto a las cuestiones políticas, económicas, sociales o artísticas, etc.-, ese espectáculo me da alegría, porque es señal de que todo funciona cara a Dios, como es debido"*<sup>16</sup>.

Esa responsabilidad que reclamaba a quienes se encargaban de informar al público, la puso en práctica también como protagonista de la información. Aunque por su naturaleza huía del espectáculo y de la figuración, respondió a los ataques que, a rachas, llovían sobre la Obra. Otra cosa eran los rumores y críticas sobre su persona -en ese caso su fórmula era "callar y rezar"-, pero sí hablaba cuando las versiones hacían a la realidad del Opus Dei, a su mensaje, o afectaban la libertad o la dignidad de sus miembros. "A pesar de todo rehuía de aparecer en programas de televisión o celebrar ruedas de prensa. Se esmeró, sin embargo, en atenciones con los medios de comunicación y con los corresponsales, si ello redundaba en beneficio de las almas. Preparó material abundante para los que quisieran documentarse. Montó oficinas de información en servicio permanente al público. Quienes buscaran material informativo siempre tendrían a su alcance los datos pertinentes"<sup>17</sup>.

A mediados de la década de los '60, cuando arreciaron las versiones sobre el "secretismo" y la "influencia y poder" de la Obra, abrió las puertas de su casa a periodistas de algunos de los medios de prensa más importantes del mundo a fin de hacer oír su verdad. En el curso de dos años respondió sin cortapisas a las preguntas de corresponsales de publicaciones como *Le Figaro*, o *The New York Times* o la revista *Time*. Al corresponsal de *Time* le diría: *"Informarse sobre el Opus Dei es bien sencillo. En todos los países trabaja a la luz del día, con el reconocimiento de las autoridades civiles y eclesiásticas. Son perfectamente conocidos los nombres de sus directores y de sus obras apostólicas. Cualquiera que desee información sobre nuestra Obra, puede obtenerla sin dificultad, poniéndose en contacto con sus directores o acudiendo a alguna de nuestras obras corporativas. Usted mismo puede ser testigo de que nunca, ninguno de los dirigentes, o los que atienden a los periodistas han dejado de facilitarle su tarea informativa, contestando a sus preguntas o dando la documentación adecuada"*<sup>18</sup>.

Al analizar la concepción y la relación del Fundador del Opus Dei con el mundo de la comunicación, es inevitable embarcarse, aunque sea brevemente, en el repaso de otra arista de su personalidad: él mismo fue, en los hechos, un comunicador. Trasmitió su mensaje, sus ideas, de todas

<sup>16</sup> *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 67.

<sup>17</sup> VÁZQUEZ DE PRADA, *op.cit.*, p. 294.

<sup>18</sup> *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 30.

las formas posibles, en cuanta ocasión se le presentaba y ante los públicos más diversos. Escritor incansable, legó una serie de obras de **espiritualidad** y ascética que han sido leídas por millones de personas en todo el mundo. Ya sea en el contacto personal como ante auditorios multitudinarios, logró desarrollar el “don de lenguas” que deseaba para los católicos, es decir, traducir en expresiones al alcance de sus interlocutores, por más variados que fueran, las ideas fundamentales de la fe, sin que esa adaptación trajera como consecuencia un abaratamiento de los conceptos que amenazara con diluirlos o traicionarlos. Fue un maestro en el arte de utilizar anécdotas de la vida cotidiana, ejemplos tomados de las más diversas profesiones o hechos de actualidad, para explicar gráficamente las verdades de siempre de la fe católica.

Esa tarea de comunicador, realizada en forma personal durante la mayor parte de su vida o a través de escritos, asumió el carácter de catequesis colectivas casi al final de su vida. A comienzos de los años '70, la Iglesia Católica se debatía en una crisis. Las reformas del Concilio Vaticano II habían desatado también una ola de equivocadas interpretaciones que, cuando menos, ponían en un segundo plano o directamente desplazaban el recto discernimiento sobre la doctrina básica de la Iglesia. Ello coincidió con una innegable crisis de vocaciones religiosas, producto, muchas veces, de esa misma desorientación. Ante ese estado de cosas, Josemaría Escrivá reaccionó reforzando la formación de los miembros del Opus Dei en las verdades fundamentales de la fe, y alertándolos frente al peligro de interpretaciones que no sólo no respondían a la enseñanza transmitida por la Iglesia desde sus inicios, sino que traicionaban las reformas del Concilio.

Pero eso no le resultó suficiente y, a partir de 1970 –cuando tenía ya cerca de 70 años–, se lanzó a maratónicas giras por México, los países de Europa y los de América Latina, donde desplegó un nuevo método de comunicación. No se trataba de dar conferencias magistrales, sino simplemente de responder las preguntas que hombres y mujeres de toda clase y condición le lanzaran desde auditorios ocupados, generalmente, por miles de asistentes.

Así lo escucharon “la madre de familia de Caracas, el diplomático de Quito, el quiosquero de Río de Janeiro, la universitaria de Bogotá, la inválida de Barcelona, el gitanazo patriarca del barrio de Triana, el empresario de Santiago de Chile, el vendedor de helados de Maracaibo, el cartero de Vallecas, la india campesina de Morelos, el militar de Buenos Aires”<sup>19</sup>, al decir

<sup>19</sup> URBANO, Pilar, *op.cit.*, p.152.

de Pilar Urbano. De todo ello quedó testimonio en las filmaciones de los encuentros, que permiten descubrir el estilo directo, llano, sencillo pero a la vez profundo del Escrivá comunicador.

Terminó su gira agotado. Un día, en su casa de Roma, acompañado por unos pocos hijos suyos, Escrivá hojea un libro en el que se recoge una parte de su predicación, dialogada e itinerante. Lee, como a salto de mata. Luego, mirando con expresión divertida a los que están a su lado, les comenta: *"Todo esto es por providencia de Dios, por querer de Dios... No ha sido una casualidad, ni algo querido por vosotros o por mí; la iniciativa ha sido del Señor. Y yo le doy las gracias, por haberme dado tanta doctrina y tan buena... ¡y tan poca vergüenza para exponerla en público!"*<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> URBANO, Pilar, *op.cit.*, p.153.